Gracias por su testimonio. Creo que también es un verdadero testimonio para la iglesia, de cómo Dios la usa para alcanzar a la gente. Y precisamente por eso Dios dio la iglesia: porque nosotros solos no somos capaces de llevar a cabo la obra de Dios en la tierra, pero como iglesia estamos destinados a representar su obra, o mejor dicho, a él, en este mundo. Y Pablo, por medio de Jesús, mediante el Espíritu Santo, tiene una maravillosa revelación sobre la iglesia, que nos presenta en su carta a los Efesios.

Recientemente escuchamos el Evangelio de Mateo, cómo Jesús obró allí, cómo puso la primera piedra, cómo fue a la cruz por nosotros, haciendo posible así la existencia de la iglesia. Aclaramos esto en los Hechos de los Apóstoles, donde vimos cómo surgió la primera iglesia en el primer Pentecostés, cuando se derramó el Espíritu Santo.

Pablo pasó mucho tiempo viajando por Jesús y fundando iglesias, viendo cómo Dios usaba a las personas en las iglesias, cómo reunía a los hijos de Dios y cómo Dios obraba en estos lugares, en estas comunidades, en estas reuniones.

Y luego, tras muchos años en prisión, encarcelado por Jesús, tuvo tiempo de sobra para escribir varias cartas, incluyendo la Epístola a los Efesios. Y me gustaría analizarla, al menos el principio, con ustedes hoy: Efesios capítulo 1, comenzando con el versículo 1.

De Pablo, apóstol de Jesucristo según el plan y la voluntad de Dios, al pueblo santo de Éfeso: Gracia y paz a vosotros en Cristo Jesús por la fe.

Si lees las cartas de Pablo en el Nuevo Testamento, notarás que a menudo se presenta primero como el remitente, el escritor. Esto difiere un poco de las cartas que escribimos hoy, o como estamos acostumbrados, donde escribimos el remitente al final. En aquella época, era costumbre escribir justo al principio, dejando claro quién le escribía a quién.

Encuentro estas primeras líneas en varias cartas de Pablo muy fuertes, muy claras y también instructivas, porque se hace evidente una y otra vez que Pablo hace una distinción y también pone en la constelación correcta y buena quién es Dios Padre y quién es Jesús, el Hijo de Dios y nuestro Señor.

Aquí, a la iglesia de Éfeso, enfatiza nuevamente que no va en camino hacia Jesús, ni es apóstol, por decisión o designación humana, sino que es verdaderamente el plan y la voluntad de Dios que lo haya elegido, que lo haya llamado a viajar por él como apóstol, es decir, como delegado o enviado. Un apóstol es alguien que, como representante autorizado de Dios, representa su voluntad en el mundo, en el tiempo, en los lugares adonde va y entre las personas que encuentra allí.

En el texto original, que constituye la base de esta carta, no dice "Apóstol de Jesucristo", sino "Cristo Jesús". Siempre decimos "Jesucristo" como si fuera un prefijo o una palabra compuesta, pero Cristo, y esto queda claro de nuevo aquí, es el título que lleva Jesús. Él no es un simple enviado de Dios, sino el Cristo, el Mesías, el Hamashiach, el Hijo de Dios, el Salvador, el emisario de Dios, quien restaurará todas las cosas.

Para él, Pablo es un apóstol; para él, Pablo es el enviado, el representante autorizado que habla en su lugar y sale a establecer la iglesia. En el nombre del Salvador, del Mesías Jesús, el Hijo de Dios, en cuyo nombre desea a sus oyentes, primero en Éfeso, pero también a quienes leemos esto, gracia y paz de Dios nuestro Padre.

La gracia siempre se refiere a algo que viene de arriba, de Dios mismo, quien se humilló en Jesús para darnos toda su bondad y gloria. La paz se refiere a un lugar donde descansamos en Dios, donde estamos en paz con Dios, contentos en él, donde todos nuestros anhelos, todos los deseos de nuestro corazón y naturaleza, han encontrado cumplimiento en él.

Esto es lo que Pablo desea en el nombre de Jesús para sus oyentes, los efesios, pero también para nosotros hoy. Y continúa, comenzando en el versículo 3: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Bendito sea por la abundancia de bendiciones espirituales en los lugares celestiales en Cristo».

En realidad, literalmente significa: Bendito sea Dios por la bendición con que nos ha bendecido. A Pablo a veces le gusta jugar con las palabras, reuniéndolas en una frase como esta para revelar un significado más profundo o aclararlo. Pero también es una buena traducción: Bendito sea él por la abundancia de bendición espiritual que hemos compartido en los lugares celestiales por medio de Cristo.

Y ahora Pablo enumera en tres puntos la plenitud de la bendición espiritual a la que se refiere, de la cual hemos participado. Primero, se nos ha dado la gracia de la elección. Esta es una gracia personal que nos ha sido otorgada a cada uno de nosotros y que fue ordenada por Dios desde antes de todos los tiempos. Leemos esto a partir del versículo 4.

Porque nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo para ser santos e irreprensibles, para vivir en su presencia y en su amor. Desde el principio nos predestinó para ser adoptados como hijos e hijas por medio de Jesucristo. Este fue su plan; este fue su propósito. Esto es para la gloria de la maravillosa gracia que nos ha dado por medio de su amado Hijo.

En Cristo, nos eligió antes de la creación del mundo, con el fin de que fuéramos santos e irreprensibles, o mejor dicho, sin mancha ante él y en su presencia. Me asombra y me impacta leer: «Aun antes de la fundación del mundo». Es decir, antes de que existiera nada.

Al principio de la Biblia, leemos lo que sucedió. E incluso antes de eso, Dios nos tenía a ti y a mí en mente y nos eligió para que un día le perteneciéramos y viviéramos para él. No sé tú, pero eso cambia mi perspectiva sobre la historia o sobre lo que sucedió en el paraíso.

Cuando leemos esto, debemos darnos cuenta y ver que no fue casualidad que Adán y Eva fueran seducidos por la serpiente y comieran del árbol, el fruto que Dios había prohibido, y luego, como consecuencia, fueran expulsados del paraíso.

Esto no fue un accidente, ni algo que pudo haber sucedido porque Dios estuvo momentáneamente desatento. No fue como si, de alguna manera, en el curso de la historia humana —lo leemos en la Biblia— hubiera logrado arreglar las cosas por medio de

Jesucristo. No, él tenía esto en mente como un plan incluso antes de la fundación del mundo. Ese era su plan. Uno puede reflexionar mucho sobre por qué esto pudo ser así y qué significa realmente: cuánto nos ama Dios.

En Adán y Eva y su historia, a veces veo al ser humano crecer como niño. Tan inocentes con sus padres, siempre a su lado, Adán y Eva en el paraíso, sin tener idea del mundo, completamente provistos. Y luego, de repente, tienen que crecer y se les permite conocer el mundo, y luego, por voluntad propia, por amor, se les permite regresar con sus padres.

La pubertad, en particular, es siempre un momento en el que hay que limar asperezas, en el que padres e hijos chocan una y otra vez, hay diferencias de opinión, los hijos pueden alejarse un poco porque creen que saben más y luego, en algún momento, se dan cuenta: sí, mamá y papá tenían razón en muchas cosas.

No sé si es solo mi caso o si te sientes identificado. Me parece que la historia de la humanidad es tal que este alejamiento de Dios, esta expulsión del paraíso, es quizás un poco como decir: sí, finalmente tienes que independizarte.

Quizás algunos de ustedes aún recuerden cuando enviaron a su hijo al kínder. Me pasó cinco veces: enviábamos niños al kínder, y sobre todo al principio, siempre les costaba separarse de mamá o papá y quedarse allí, dejando atrás la familiaridad de estar con mamá y papá, de estar en casa. Cada vez es mejor, cada vez es más fácil; los niños se han desarrollado. Aunque haya habido lágrimas, este paso seguía siendo necesario.

Creo que para Adán y Eva, o para toda la humanidad, fue un paso importante y necesario para liberarse, para crecer, para madurar y descubrir el mundo y ver que están perdidos sin Dios, que cada uno de nosotros está perdido sin Dios, en la oscuridad y en el pecado y necesita a Jesús, necesita a Dios, para volver a sanar, para volver a estar completo, para llevar una vida bendecida.

Dios tenía todo esto en mente antes de la fundación del mundo, para ti, para mí y para todos los que pertenecemos a Jesús. Para que vivamos una vida próspera y llena de bendiciones, bendecida por Jesús, por Dios mismo, porque él comparte todo lo que ha preparado.

Por una parte, esto significa que Él habló y obró en tu vida personalmente, para que tuvieras la oportunidad de decidir, de decir “sí” a Dios por tu propia voluntad, de dirigirte a Él y ser salvado por medio de Él.

Creo que este pasaje también es muy adecuado para reemplazar el "nos" en "porque nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo" por "yo". Léalo usted mismo. Porque me eligió en Cristo antes de la creación del mundo, para que pudiera vivir una vida santa e intachable, una vida en su presencia y llena de su amor.

¿Qué significa eso? "Santificado" forma parte de ello. Que debemos ser santos. A menudo, en el mundo, se considera a los santos como personas que han logrado caminar con Dios, que han sido particularmente fieles, que han tenido una voluntad particularmente fuerte o

incluso una capacidad especial para aferrarse a Dios y caminar para él, dejándolo todo para ser santos.

Pero eso no es lo que la Biblia significa en absoluto. En realidad, la Biblia se refiere a "santo" como alguien que se vuelve cada vez más pecador, no por lo que hace, sino por lo que comprende. Alguien que camina con Dios, que se aferra a Dios, que abre su corazón a Dios que obra en él y le revela quién es, descubrirá que, en realidad, tiene cada vez más puntos débiles, cada vez más debilidades, cada vez más errores propios, y por lo tanto necesita cada vez más a Jesús y su perdón.

Un santo no es alguien que, mediante el autocontrol y sus propios esfuerzos, se protege de todo posible paso en falso ante Dios, sino alguien que reconoce lo débil y pecador que realmente es y cuánto necesita el perdón de Dios.

Y eso es lo que significa ser irreprensible o sin defectos. No podemos hacerlo. No podemos vivir una vida irreprensible o sin defectos. Solo Jesús mismo pudo, pero nosotros, los humanos, no. Esta palabra, que está ahí, irreprensible o sin defectos, se usaba para describir animales de sacrificio. La Biblia dice en muchos pasajes que nuestra vida misma debe ser un sacrificio por Jesús.

Simplemente no podemos vivir una vida que agrade a Dios por nuestra propia voluntad o fuerza; lo necesitamos. Y lo que sí podemos hacer es entregarle nuestra vida. La tarea que Jesús tiene planeada para nosotros es nuestra tarea. Entregamos nuestra vida por él. Eso es lo que planeó para ti y para mí antes de la fundación del mundo; lo que quiere que hagamos en nuestro camino con él, de tal manera que reconozcamos cuánto necesitamos a Dios, cuánto necesitamos esta conexión, que necesitamos continuamente su guía y dirección. Cuanto más nos rendimos y nos entregamos, mejor lo entendemos, aunque tenga una anotación un poco extraña en alemán.

Porque nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo para vivir una vida santa e intachable, en su presencia y llenos de su amor. Desde el principio nos predestinó para ser adoptados como sus hijos e hijas por medio de Jesucristo. Este fue su plan; este fue su propósito. ¡Aleluya! Y todo esto es para gloria de la maravillosa gracia que nos ha dado por medio de su amado Hijo.

Así pues, esta es la primera gracia personal de la que habla Pablo aquí, la que nos ha sido concedida. Él nos ha elegido para ser sus hijos o hijas.

La segunda gracia es la redención, la gracia de la redención, el don de su Hijo amado, Jesucristo, mediante el cual se realizó su plan. La salvación que nos concede se realizó mediante la muerte de Jesús en la cruz.

Versículo 7: Por medio de aquel que derramó su sangre por nosotros, hemos sido redimidos; por medio de él, nuestras ofensas son perdonadas. Esta es la abundancia de la gracia de Dios, que él nos ha dado a conocer abundantemente.

En su gracia, también nos ha dado toda la sabiduría y la comprensión que necesitamos. Nos ha revelado su plan, que hasta entonces había sido un secreto, y que él había querido y

decidido realizar por medio de Cristo tan pronto como llegara el momento oportuno: bajo él, Cristo, Cabeza del universo entero, todo estaría unido: lo que está en el cielo y lo que está en la tierra.

Así es como pudo realizarse. Así es como Dios implementó su plan, a través de Jesucristo, reuniendo en Jesús a todos los que previamente habían estado separados y distanciados por la Caída.

Esto no quedó claro durante mucho tiempo. Los fariseos, los saduceos y todos los que vivieron en la época de Jesús no lo entendían. Sus discípulos tampoco. Quizás recuerden que Uli predicó sobre cómo Jesús se reveló a sus discípulos y mostró cómo todo estaba conectado, que era el plan de Dios, cumplido en él.

Y por medio del Espíritu Santo, ahora también nosotros podemos mirar atrás y reconocer que realmente solo fue posible por medio de Jesucristo, mediante su muerte en la cruz. Por eso leeré de nuevo el versículo 8: Él también nos ha dado toda la sabiduría y el entendimiento que necesitamos para comprender el maravilloso y magnífico plan que Dios tiene y la gracia que nos ha otorgado a través de él.

Cómo lo que Dios ha hecho y sigue haciendo trasciende la sabiduría humana. No hay otro acontecimiento en la historia humana tan decisivo, tan importante y transformador como la muerte de Jesús en la cruz del Gólgota. Todo lo demás, todas las posibles guerras, invenciones, conquistas o descubrimientos, queda relegado al hecho de que Dios nos ha reconciliado consigo mismo por medio de Jesús, de que nos ha redimido. Bajo él, Cristo, cabeza de todo el universo, todo estará unido: lo que está en el cielo y lo que está en la tierra. Gracias, sí, eso ha sucedido y está sucediendo.

Y la tercera parte de la bendición que hemos compartido es lo que Pablo escribe ahora en el versículo 11: «Además, Dios nos ha hecho herederos por medio de Cristo, conforme a su propósito. Él, que obra todo según su propósito y plan, nos predestinó desde el principio para ser partícipes de su poder y gloria, a todos los que hemos puesto nuestra esperanza en Cristo».

Con esto Pablo tiene en mente al pueblo de Israel y las promesas que Dios hizo al pueblo de Israel y a todos los apóstoles y a todos los profetas que envió para explicar su plan, pero también a nosotros que somos parte de él.

Ustedes también pertenecen ahora a Cristo, continúa Pablo en el versículo 13. Han escuchado el mensaje de la verdad, el evangelio de salvación. Y porque lo aceptaron con fe, Dios les ha dado el Espíritu Santo por medio de Cristo, como lo prometió. Este sello ha sido puesto sobre ustedes, confirmando que ahora también son suyos.

El Espíritu Santo es, en cierto sentido, un anticipo que Dios nos da, la primera porción de nuestra herencia celestial. Así, Dios garantiza la redención completa de quienes le pertenecen. Y esto también tiene como propósito contribuir a la alabanza de su poder y gloria.

Pablo luego nos llama la atención sobre el evento de Pentecostés, cuando se derramó el Espíritu Santo. Jesús había prometido antes de su ascensión que enviaría el Espíritu Santo. Y eso sucedió en Pentecostés.

No debemos olvidar que este derramamiento del Espíritu Santo no fue aislado, sino que con él nació la iglesia. No solo la primera iglesia en Jerusalén, sino la iglesia en su conjunto, la Esposa de Jesús, el Cuerpo de Jesús, que comenzó allí en Jerusalén, pero que desde entonces se ha convertido en una iglesia mundial. Estas dos cosas van de la mano.

Y Pablo explica que el Espíritu Santo nos sella, diciendo: «Eres de Dios, todo te es perdonado, todo pecado y toda transgresión es borrado, eres hijo de Dios y posesión suya, posesión de Dios y herencia suya». Ese es el sello que Dios nos ha puesto a través del Espíritu Santo. Esa es la confirmación. Eso es esencialmente lo que el Espíritu Santo hace en el pasado de nuestras vidas. Cuando nos acercamos a Dios, cuando recibimos el Espíritu Santo, este sello confirma que todo lo pasado ha sido borrado, es pasado.

Al mismo tiempo, dice Pablo, el Espíritu Santo es también la garantía de lo que sucederá en el futuro, es decir, nuestra redención completa. Ahora seguimos aquí, ahora seguimos en la tierra, ahora seguimos en nuestro camino, ahora seguimos en la lucha, como también describe Pablo en la carta a los Romanos, entre el espíritu y la carne, esta lucha constante.

Caemos, nos levantamos, nos volvemos a Jesús, y al siguiente momento hacemos algo que no le gusta. Esta es nuestra constante batalla de fe. No quiero decir que estemos atrapados en ella, pero seguimos adelante con ella mientras estemos en esta tierra.

El Espíritu Santo es la garantía. Si perseveramos, si caminamos con Jesús, si perseveramos hasta el fin, como dice una y otra vez el Apocalipsis: «Pero el que venza recibirá de mí al final todas estas cosas». Entonces nuestra redención completa se habrá consumado.

Y para que no tengamos que librar esta batalla solos, cada uno por su cuenta, la iglesia existe. Por lo tanto, no es casualidad que con el derramamiento del Espíritu Santo, con la impresión del sello y con este anticipo de lo que sucederá en el futuro, la iglesia surgiera.

No podemos ganar ni luchar esta batalla solos. Nos necesitamos unos a otros. Necesitamos a la comunidad de creyentes. Necesitamos a Jesús en medio de nosotros. Necesitamos que Dios se revele, que su poder actúe, que mi hermano o hermana ore por mí cuando me siento deprimido. O que se recen por las personas cuando vienen, para que puedan experimentar a Dios.

Y el Espíritu Santo da dones tan diferentes. Ese también es el plan de Dios. No es casualidad ni coincidencia. Pero podríamos decir que es una "casualidad", porque nos los da él. Dios no nos da dones tan diferentes por casualidad; es un plan que él tiene. Que una persona tenga más fe, que una persona ore, que una persona sea hospitalaria, etc. Puedes leer sobre los diferentes dones del Espíritu Santo en muchos lugares.

Necesitamos eso. Por eso necesitamos a la iglesia. Y ese es solo el principio de por qué Pablo escribe esto. Está tan lleno de gozo. No creo que nuestras traducciones al alemán puedan

demostrar suficientemente cómo Pablo está realmente feliz y exultante, alabando a Dios por lo que ha dado, cómo lo ha hecho, y por lo que ha dado a la iglesia.

Un teólogo a quien respeto profundamente, Fritz Rienecker, fallecido hace muchos años, escribió: «La iglesia es algo muy significativo. Es el núcleo del consejo de Dios, la única gran realidad que existe solo una vez en los mundos, eones y cielos, el misterio más íntimo de Dios, creado por Él, revelado en nuestros días. Desde la esfera trascendente y eterna de la vida, la iglesia de Jesús obra en el mundo y el tiempo entre las naciones. Antes del tiempo, existía en Dios como principio rector, guía y lema del mundo actual».

Creo que quizás estemos apenas comenzando a ver y experimentar lo que realmente significa la iglesia, cómo Dios la concibe y lo que nos ha dado a través de ella. Y no solo a nosotros, los creyentes que conocemos a Dios, sino sobre todo al mundo.

Porque la iglesia debe ser el lugar donde el Espíritu de Dios obra con poder. Y cuando asistimos a la iglesia, al culto o a otras reuniones, el Espíritu de Dios nos toca, nos conmueve, nos habla y nos transforma.

Todo lo que Jesús hizo cuando llegó a las aldeas y habló con la gente y los tocó, o simplemente caminó entre las multitudes y sucedieron cosas inimaginables que nunca antes habían sucedido, Dios le dio todo eso a la iglesia.

Podemos proponernos descubrirlo y orar sobre todo para que Dios lo haga en medio de nosotros, por nosotros que estamos aquí, por la gente de nuestro entorno inmediato, por Pirna y más allá, para que Dios nos cambie y nos toque.

Amén